

David Viñas o el proceso a sí mismo

Pilar Roca Escalante

Es poco frecuente encontrar en la práctica de la literatura escritores que se impliquen como lo hace David Viñas (Buenos Aires, 1927) en el enjuiciamiento de la realidad política y social hasta el punto de plantearse un proceso a sí mismo. Y es poco frecuente porque en él confluyen las principales corrientes culturales llegadas a Argentina a través de sucesivas oleadas de inmigración habidas durante los siglos XIX y XX. La sangre de italianos, españoles y judíos conformó un torrente de ideas y de actitudes frente a la vida que incidió, en distinta medida e intensidad, en la formación de una personalidad que pretendía incitar a la discusión y ser fundamentalmente polémica.

Su padre, el juez Pedro Ismael Viñas, era el primogénito de una familia de origen andaluz inmigrada al país en la primera treintena del siglo XIX. Su militancia radical le llevó a ser elegido por el entonces presidente Hipólito Yrigoyen para llevar a cabo una misión de paz durante la huelga de esquiladores que tuvo lugar en la Patagonia en 1921 y que terminó de forma trágica. Por otra parte, su abuelo había participado en la campaña para la Conquista del Desierto en 1879, dirigida por el general Julio Argentino Roca, con la que se culminó el expolio del indígena y se fijaban las fronteras del Estado moderno.

Comparada con la rama de los Viñas, la familia materna era casi una recién llegada al país; huía de las persecuciones llevadas a cabo contra los judíos en Odessa, a principios del siglo XX. Se daba así la fatal coincidencia de que el nacimiento de su nación y el de sí mismo partían de un genocidio, lo que tendrá importantes consecuencias tanto en su existencia como en la evolución de su obra literaria.

Toda la amalgama de culturas de la que fue heredero creó un espíritu que se identificó con lo argentino sin caer en nacionalismos y, junto a otros elementos personales y sociales, contribuyó de forma decisiva a que Viñas estableciera con su país un fuerte compromiso manifestado principalmente en la denuncia que realizó, ya desde sus inicios literarios, del sostenimiento de una política basada en el liberalismo económico del siglo XIX que los sucesivos gobiernos habían consentido o fomentado, según los casos. Polí-

tica que, si bien había dado algún resultado en el nacimiento de la Argentina como nación independiente, estaba ya agotada en unos tiempos cuya realidad social y económica demandaba cambios profundos y sostenidos.

Uno de los temas más interesantes de la trayectoria literaria de Viñas es precisamente el intento por suscitar alteraciones en su sociedad desde las posibilidades de la literatura, cuya práctica consideró siempre como una alternativa a la actuación política directa. Este concepto es clave para enjuiciar su obra de creación con objetividad y de acuerdo a los propósitos intrínsecos que la motivan. Sin tener en cuenta esta intencionalidad crítica que sustenta cada una de sus novelas y relatos no se pueden comprender los temas elegidos, el modo de abordarlos y, sobre todo, el uso que hace del lenguaje.

La intención de Viñas fue siempre la de cuestionar mediante la literatura un orden establecido que había visto favorecido y consolidado su dominio con la colaboración del escritor romántico burgués, cuyos pilares básicos eran el equilibrio y la neutralidad. El libro había sido el medio por excelencia en la propagación de la ideología expansionista y centralizadora que se consolida con el final de la Campaña del Desierto. El lenguaje que lo sustentaba constituía un entramado de sobreentendidos dentro de los intereses y valores del pensamiento liberal que en la Argentina de la segunda mitad del siglo XX era necesario desactivar.

Recorriendo un camino inverso, es decir, rompiendo la estética y la lógica del discurso literario, Viñas se incluyó en una voluntad generacional de *desadoctrinamiento* del pueblo. La función del escritor dejaba de ser *salvífica*, como ocurría dentro del proyecto desarrollado por Rosas entre 1837 y 1852, y el intelectual se convertía en un canal de reflexión pública que intentaba hacer de la política un foro de discusión abierto a todos los estratos del país. Es decir, Viñas como parte de su generación, concebía la literatura como un medio por el cual ayudar a devolver la soberanía al pueblo y reinstaurar en él su capacidad para elegir su destino.

Viñas rechazó siempre la imagen del artista de cultura minoritaria, aislado en un mundo personal cuyos únicos límites venían dictados por la imaginación y que hacía de la escritura una actividad pretendidamente lúdica. Muy al contrario, Viñas incluía la tarea del escritor en un contexto actual y contemporáneo, paralelo a la evolución de su propia sociedad. Por ello, y dentro de los valores que defendía su generación, abrió un proceso a la historia del último siglo de su país y partió desde sus novelas hacia una crítica minuciosa de los principales hitos donde las incoherencias de la ideología liberal y su inadecuación con los tiempos que corrían era manifiesta. Y llevó a cabo este proyecto como una tarea alternativa a una práctica políti-

ca. Este dato es determinante, ya que Viñas considera la misión del político y la del intelectual como sinónimas, lo que obliga a ambos por igual a rendir cuentas de su gestión ante la Historia.

Si se aborda su obra creativa desde sus últimas novelas hasta las primera –y no a la inversa como sería lo más común hacer– ésta se revela como un producto sólido y coherente que parte de los valores señalados con anterioridad, porque el paralelismo que establece entre la historia reciente de Argentina y la de su propia familia le lleva a autoinculparse como intelectual que no ha sabido ofrecer alternativas válidas y cuya falta de soluciones apropiadas coadyuvó al colapso del país. *Claudia conversa* (1995) reconstruye la traición de un profesor universitario que se apropia de ideas de su doctoranda sin citarla. La alumna es Claudia, una chica del interior cuyo abuelo era excombatiente en la Campaña del Desierto, que termina por regresar a su provincia y convertirse en montonera junto a su hermano mientras que el profesor huye a Europa abatido por la mediocridad intelectual que él mismo ha fomentado. El paralelismo entre la vida de Viñas y los hechos narrados en su última novela revelan su lucidez al enjuiciar su proyecto literario como un pretexto para esconder su cobardía moral. Conclusiones muy serias que venían siendo tratadas ya en otras novelas como *Cuerpo a cuerpo* (1979), escrita en su totalidad durante el exilio. En ella trama una red de espejos en los que, mírese a donde se mire, sólo encuentra su propia imagen multiplicada a través de distintos disfraces, siendo la maximización de todos ellos el de un general (Mendiburu) que pone en práctica todo el aparato represor, incluidas las torturas y desapariciones, amparándose en la condición de militar que le obliga a ejecutar *órdenes* de manera acrítica. Viñas se encarna en un periodista (Yantorno) que vive la impotencia ante los acontecimientos porque su única arma, a todas luces insuficiente, es la lengua, acotada por una gramática que la equipara a esas *órdenes* en las que se escuda el general para inhibirse y que permiten la propalación de la barbarie. La cercanía entre las dos figuras llega a un punto en el que la única salida para el periodista es el asesinato del general, es decir, salir del limbo de la literatura para entrar en la acción violenta, como hacen los dos hermanos en *Claudia conversa*. Esta drástica consecuencia de la imposibilidad de diálogo, sin embargo, derivó en una paradoja: la del suicidio. La proximidad entre el general, autor material de los hechos, y la generación de intelectuales representada por el periodista, propicia que la desaparición de uno conlleve la del otro y ello por dos razones. La primera porque la identidad de dicha generación se va configurando por oposición a la autoridad paterna y la segunda porque se produce la ruptura entre ambos antes de que se haya dado la separación necesaria para que la iden-